

— Es preciso, querida condesa, pues he citado á Sartines para un trabajo muy urgente.

— Como gustéis, señor; pero á lo menos espero que cenaréis aquí.

— ¡ Oh, sí! acaso cenaré. Si, tengo bastante hambre; cenaré.

— Manda que sirvan, Chon, dijo la condesa á su hermana haciéndole una seña particular que sin duda tenía relación con un convenio hecho de antemano.

Chon salió.

El rey vió la seña en un espejo, y aunque no pudo comprenderla, adivinó que le tendían un lazo.

— ¡ Pero no, no! dijo. Aun me es imposible el cenar... Necesito partir en este mismo instante. Tengo que firmar, porque hoy es sábado.

— ¡ Bien, sea así! Voy á mandar que arrimen los caballos.

— Sí, querida hermosa.

— ¡ Chon!

Chon volvió á presentarse.

— Los caballos del rey, dijo la condesa.

— ¡ Muy bien! respondió Chon con una sonrisa.

Y salió de nuevo.

Un instante después se oyó su voz que gritaba en la antecámara:

— ¡ Los caballos del rey!

X

El rey se divierte

El rey, encantado de su golpe de autoridad con que castigaba á la condesa de haberle hecho aguardar, al paso que le libraba de los disgustos de la presentación, se dirigió hacia la puerta del salón, al mismo tiempo que volvía á entrar Chon.

— ¡ Y bien! ¿ veis por ahí mi servidumbre?

— No, señor, no hay ninguno de la servidumbre de V. M. en las antesalas.

El rey se adelantó á su vez hasta la puerta.

— ¡ Mi servidumbre! gritó.

Nadie respondió; hubiérase dicho que el mudo castillo no tenía siquiera eco.

— ¡ Quién diablos creería, dijo el rey volviendo á entrar en la sala, que soy el nieto del que dijo: Estuve cerca de esperar?

Y se dirigió á la ventana que él abrió.

Pero la explanada estaba como las antesalas: sin caballos, ni picadores, ni guardias. Sólo la noche se ofrecía á sus ojos y á su alma en toda su calma y majestad, alumbrada por una admirable luna, que mostraba, temblando como olas agitadas, las copas de los árboles del bosque de Chatou, y arrancaba millones de luminosas lentejuelas al Sena, culebra gigantesca y perezosa, cuyos pliegues no podían seguirse,

desde Bougival hasta Maisons, es decir, en un espacio de cuatro ó cinco leguas de vueltas y revueltas.

Luego, en medio de todo eso, un ruiseñor improvisaba uno de esos maravillosos cantos que sólo se oyen en el mes de mayo, como si sus alegres notas no pudiesen hallar una naturaleza digna de ellas más que en los primeros días de primavera, que apenas vienen se sienten huir.

Toda aquella armonía fué perdida para Luis XV, rey de poca imaginación, poco poeta, poco artista, pero muy material.

— Veamos, condesa, dijo con despecho, os suplico que deis vuestras órdenes. ¡ Qué diablos! es menester que esta chanza tenga fin!

— Señor, respondió la condesa con aquel hechicero enfado que casi siempre le salía bien, yo no soy quien manda aquí.

— En todo caso tampoco soy yo, dijo Luis XV, porque ya podéis ver cómo me obedecen.

— Vos, señor, no mandáis más que yo.

— Entonces, ¿ quién es el que manda? ¿ sois vos, Chon?

— ¿ Yo? dijo la joven, sentada al otro lado de la sala en un sillón en que hacía pareja con la condesa. Tengo bastante trabajo en obedecer, y no es cosa de tomarme el de mandar.

— Pero entonces, ¿ quién es aquí el amo?

— ¡ Pardiez! el señor gobernador.

— ¿ El señor Zamora?

— Sí.

— Es justo, que llamen á alguno.

La condesa, con un ademán de adorable negligencia, alargó el brazo hacia un cordón de seda rematado por una bellota de perlas, y llamó.

Hallábase en la antesala un lacayo, á quien, según

todas las probabilidades, habían enseñado de antemano la lección, y se presentó.

— Que venga el gobernador, dijo el rey.

— El gobernador, dijo respetuosamente el lacayo, se halla velando por la preciosa existencia de V. M.

— ¿ En dónde está?

— Rondando.

— ¡ Rondando! repitió el rey.

— Con cuatro oficiales, respondió el lacayo.

— Justamente como el señor de Marlboroug, exclamó la condesa.

El rey no pudo reprimir una sonrisa.

— Sí, es gracioso, dijo, pero eso no impide que enganchen.

— Señor, el gobernador ha mandado cerrar las caballerizas porque no sirviesen de refugio á algún malhechor.

— Mis picadores ¿ en dónde están?

— En los dormitorios.

— ¿ Qué hacen?

— Están durmiendo.

— ¿ Cómo! ¿ están durmiendo?

— Por orden.

— ¿ Por orden de quién?

— Del gobernador.

— ¿ Pero las puertas? dijo el rey.

— ¿ Qué puertas, señor?

— Las puertas del castillo.

— Están cerradas.

— Muy bien, pero se pueden pedir las llaves.

— Señor, las llaves las trae el gobernador colgadas de su cinto.

— ¡ Vaya un castillo bien guardado! dijo el rey. ¡ Diablo, qué orden

El lacayo, viendo que el rey no le hacía nuevas preguntas, salió.

La condesa, tendida sobre un sillón, mordiscaba una bella rosa, junto á la cual sus labios parecían de coral.

— Vamos, señor, dijo con una sonrisa lánguida que le era peculiar, tengo lástima de V. M.; tomad mi brazo, y vamos á buscar. Chon, ven á alumbrarnos.

Chon salió la primera, haciendo la vanguardia, y dispuesta á señalar los peligros, si se presentaban.

Al dar la vuelta del primer pasadizo, comenzó á halagar las narices del rey un perfume capaz de despertar el apetito del más delicado gastrónomo.

— ¡ Ah, ah ! dijo parándose. ¿ De qué es ese olor, condesa ?

— ¿ De qué ha de ser, señor ? De la cena. Creía que el rey me hacía el honor de cenar en Luciennes, y en su virtud he dado las órdenes necesarias.

Luis XV aspiró dos ó tres veces el perfume gastronómico, reflexionando entre sí, que hacía ya largo rato que su estómago le daba señales de existencia, que necesitaba, aun haciendo grande ruido, media hora para despertar á los picadores, un cuarto de hora para enganchar los caballos, diez minutos para ir á Marly, y que, en Marly, en donde no le esperaban, no hallaría más que un *en caso*. Volvió á aspirar el olor-cillo seductor, y, conduciendo á la condesa, se paró delante de la puerta del comedor.

Dos cubiertos estaban puestos en una mesa espléndidamente iluminada y servida con suntuosidad.

— ¡ Caramba ! dijo Luis XV, ¡ qué buen cocinero tenéis, condesa !

— Señor, hoy era precisamente su día de prueba, y el pobre diablo había hecho maravillas para merecer

la aprobación de V. M. Es capaz de cortarse el pescuezo como ese pobre Vatel.

— ¡ Verdaderamente ! ¿ vos lo creéis ? dijo Luis XV.

— Especialmente tenía, señor, una tortilla de huevos de faisán, con la que contaba....

— ¡ Una tortilla de huevos de faisán ! Precisamente son las que yo adoro.

— ¡ Ved qué lástima !

— Y bien; condesa, no demos pesadumbre á vuestro cocinero, dijo el rey riendo, acaso mientras cenamos volverá de su ronda el señor Zamora.

— ¡ Ah, señor ! ¡ excelente idea ! dijo la condesa no pudiendo ocultar su satisfacción por haber alcanzado aquel primer triunfo. ¡ Venid, señor, venid !

— Pero ¿ quién ha de servirnos ? preguntó el rey buscando inútilmente un solo paje.

— ¡ Ah, señor ! dijo madama Dubarry, ¿ os parece peor vuestro café cuando soy yo quien os lo presenta ?

— No, condesa, y aun diría cuando sois vos quien lo hace.

— Pues bien; entonces venid, señor.

— ¡ Dos cubiertos solamente ! exclamó el rey. ¿ Y Chon ? ¿ ha cenado ya ?

— Señor, nadie habría osado sin una orden expresa de V. M....

— ¡ Dejemos eso ! interrumpió el rey, cogiendo el mismo de un vasar un plato y un cubierto. Ven, pequeña Chon... Ahí, enfrente á nosotros.

— ¡ Oh, señor !... dijo Chon.

— ¡ Bien, bien ! Haz ahora la muy humilde y obediente, ¡ hipócrita ! Poneos aquí, condesa, cerca de mí, al lado... ¡ Qué lindo perfil tenéis !

— ¿ Es hoy cuando lo habéis notado, señor La Francia ?

— ¿ Qué queréis ? Me he acostumbrado á miraros de

frente, condesa. Decididamente, vuestro cocinero es un *gran cordón*: ¡ qué guisado !

— ¿ Luego he tenido razón en despedir al otro ?

— Perfectamente razón.

— Entonces, señor, seguid mi ejemplo, pues ya veis que no podéis menos de ganar en ello.

— No comprendo.

— He despedido á mi Choiseul, despedid vos al vuestro.

— Nada de política, condesa; servidme de ese Madera.

El rey alargó su vaso, la condesa cogió una garrafa de cuello estrecho, y sirvió al rey.

La presión hizo ponerse blancos los dedos y rosadas las uñas del gracioso copero.

— Echad largo tiempo y con suavidad, condesa, dijo el rey.

— ¿ Para no enturbiar el vino, señor ?

— No, para darme tiempo de ver vuestra mano.

— ¡ Ah ! decididamente, señor, dijo la condesa riendo ! V. M. está hoy con vena de descubrimientos.

— ¡ En verdad que sí ! dijo el rey, quien iba recordando poco á poco su buen humor; y creo que estoy muy cerca de descubrir.....

— ¿ Un mundo ? preguntó la condesa.

— ¡ No, no ! respondió el rey; un mundo es demasiado ambicionar, y ya tengo muy bastante con un reino. Pero sí una isla, un rinconcito de tierra, una montaña encantada, un palacio cuya Armida será una bella dama de mis amigas, y cuya entrada estará defendida por toda especie de monstruos, cuando me plazca olvidar.

— Señor, dijo la condesa presentando al rey una botella de vino de Champaña helado, invención ente-

ramente nueva en aquella época, aquí tenéis justamente agua tomada del río Leteo.

— ¡ Del río Leteo, condesa ! ¿ Estáis segura de ello ?

— Sí, señor; es el pobre Juan quien la ha traído de los infiernos, á donde acaba de descender en las tres cuartas partes.

— Condesa, dijo el rey levantando su vaso, brindo á su gloriosa resurrección; pero os ruego que no hablemos de política.

— Entonces, no sé de qué hablaros, señor, y si V. M., que tan bien cuenta las historias, quisiese contarnos una.....

— No, pero voy á recitaros versos.

— ¡ Versos ! exclamó madama Dubarry.

— Sí, versos... ¿ Qué tiene eso de extraño ?

— V. M. los detesta.

— ¡ Diantre ! de cien mil que se fabrican, noventa mil son contra mí.

— ¿ Y los que V. M. va á recitarme, pertenecen á los diez mil que no pueden hacerle perdonar los otros noventa mil ?

— No, condesa, los que voy á recitaros, están dirigidos á vos.

— ¿ Á mí ?

— Á vos.

— ¿ Y por quién ?

— Por Voltaire.

— Y encargó á V. M.....

— Nada de eso; los dirige directamente á V. A.

— ¿ Cómo así, sin una carta ?

— Al contrario, con una carta muy lisonjera.

— ¡ Ah, ya comprendo ! V. M. ha trabajado esta mañana con su director de correos.

— Justamente.

— Leed, señor, leed los versos de Voltaire.

Luis XV desdobló un pequeño papel y leyó :

« Diosa de los placeres, tierna madre de las gracias, ¿ por qué á las fiestas de Pafos mezclás las negras sospechas, las desgracias vergonzosas? ¿ Por qué meditas la pérdida de un héroe? Ulises es caro á la patria; es el apoyo de Agamenón. Su activa política y su vasto genio encadenan el valor de la fiera Ilion. Somete los dioses á tu imperio, Venus; reina por la belleza, recoge, en risueño delirio, las rosas del deleite; pero dignate sonreír á nuestros votos, y devuelve la calma al agitado Neptuno. Ulises, ese mortal formidable para los tiranos, á quien persigues en tu enojo, no es temible para la belleza, sino suspirando á sus pies. »

— Decididamente, señor, dijo la condesa, más picada que agradecida á su poético envío, decididamente, el señor de Voltaire quiere ponerse bien con vos.

— ¡ Oh! en cuanto á eso es trabajo perdido, respondió Luis XV, es un embrollón que si entrase en París lo entregaría todo á saqueo. Que se vaya con su amigo, mi primo Federico II. Demasiado tenemos ya con el señor Rousseau. Pero mirad estos versos, condesa, y medítadlos.

La condesa tomó el papel, lo enrolló como una pajueta y lo puso junto á su plato.

El rey la miraba lo que hacía.

— Señor, dijo Chon, un poco de este tockey.

— Es de las bodegas de S. M. el emperador de Austria, añadió la condesa; bebed con confianza, señor.

— ¡ Oh! de las bodegas del emperador, dijo el rey, solo yo lo tengo.

— También viene de vuestro copero, señor.

— ¡ Cómo! ¿ habéis seducido?

— No, he ordenado.

— Bien, condesa. El rey es un tonto.....

— ¡ Oh! ¡ sí! Pero el señor La Francia.....

— El señor La Francia tiene á lo menos el talento de amarnos de todo corazón.

— ¡ Ah, señor! ¿ por qué no sois verdaderamente señor La Francia sin más añadidura?

— Condesa, nada de política.

— ¿ Tomará café el rey? preguntó Chon.

— Ciertamente.

— ¿ Y S. M. lo quemará como de costumbre? preguntó la condesa.

— Si la señora castellana no se opone á ello.

La condesa se levantó.

— ¿ Qué vais á hacer?

— Voy á servirlos, monseñor.

— Vamos, dijo el rey estirándose en la silla como un hombre que ha cenado perfectamente, y á quien los buenos manjares han puesto los humores en equilibrio; vamos, veo que lo mejor que puedo hacer es dejaros obrar, condesa.

La condesa trajo sobre una estufilla de plata una pequeña cafetera que contenía el mocha tostado; colocó delante del rey un plato con una taza de plata sobredorada y una garrafitita de Bohemia, y luego al lado del plato una pequeña pajueta de papel.

El rey, con la profunda atención con que acostumbraba hacer esta operación, calculó su azúcar, midió su café, y derramando suavemente su aguardiente para que sobrenadase el alcohol, tomó el rollito de papel que encendió á la bujía, y con el que comunicó la llama al licor. Luego lo echó en la estufilla, en donde acabó de consumirse.

Cinco minutos después, saboreaba su café con todo el deleite de un gastrónomo consumado.

La condesa le dejó hacer, pero á la última gota:

— ¡ Ah señor ! exclamó. ¡ Habéis encendido vuestro alcohol con los versos de Voltaire ! Eso ha de acarrear desgracias á los Choiseul.

— Me equivocaba, dijo el rey riendo, vos no sois una hada, sois un demonio.

La condesa se levantó.

— Señor, dijo, ¿ quiere ver V. M. si ha entrado el gobernador ?

— ¡ Ah ! ¡ Zamora ! ¡ Bah ! ¡ Y para qué ?

— Para marcharos á Marly, señor.

— Es verdad, dijo el rey haciendo un esfuerzo para arrancarse al bienestar que experimentaba. Vamos á ver, condesa, vamos á ver.

Madama Dubarry hizo una seña á Chon, que se eclipsó.

El rey volvió á su investigación, pero, preciso es decirlo, con ánimo muy diferente del que había presidido al principio de la pesquisa. Han dicho los filósofos que la manera sombría ó color rosa con que el hombre examina las cosas, casi siempre depende del estado de su estómago. Y como los reyes tienen estómagos de hombres, y que, aunque en general menos buenos que los de sus súbditos, comunican su buen ó malestar al resto del cuerpo, exactamente como los demás, el rey parecía estar de un humor tan bueno como puede estarlo un rey.

Al cabo de diez pasos por el pasadizo, hirió las narices del rey un nuevo perfume.

Acababa de abrirse una puerta que daba á una linda sala con colgaduras de raso blanco bordado de flores naturales que, alumbrada por una misteriosa luz, descubría la alcoba hacia donde hacía dos horas que se encaminaban los pasos de la encantadora.

— ¡ Y bien, señor ! dijo. Parece que no ha vuelto

Zamora, que seguimos encerrados, y que á no salir de este castillo por las ventanas.....

— ¿ Con las sábanas ? preguntó el rey.

— Señor, respondió la condesa con admirable sonrisa, usemos, no abusemos.

El rey abrió los brazos riendo, y la condesa dejó caer la bella rosa, que se deshojó rodando por el tapiz.